



Galería Literaria.—Mureia y Martí, editores.

VIAJES

DEL CAPITAN

LEMUEL GULLIVER

À DIVERSOS PAISES REMOTOS,

NOVÍSIMA TRADUCCION

ILUSTRADA CON LÁMINAS.

TOMO I.

MADRID:
Imprenta de la Galería Literaria,
Colegista, 6.

1873.

1521300

PR 3724

097

56

1873

VIAJES DE GULLIVER.

PRIMERA PARTE.

VIAJE Á LILLIPUT.

CAPITULO PRIMERO.

El autor hace una breve relacion de los motivos que le indujeron á viajar. Padece naufragio, y se salva á nado en el país de Lilliput. Sus habitantes le aprisionan, y en esta disposicion le conducen tierra adentro.

Mi padre, cuya hacienda en la provincia de Nottingham era moderada, tenia cinco hijos; yo era el tercero. A la edad de catorce años me envió al colegio de Emmannel, en Cambridge. Allí cumplí los diez y siete; pero siendo demasiado el gasto de mi manutencion determinó trasladarme á la casa del señor Santiago Bates, famoso cirujano en Lóndres, en clase de discípulo, donde permanecí otros cuatro años. Mi padre me enviaba de cuando en cuando algunas partidillas de dinero que empleaba en apren-



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE URUGUAY
FONDO LITERATURA

B = 27/08/10

der el pilotaje y otras partes de las matemáticas, las más necesarias para aquellos que forman el designio de viajar por mar, como que preveía había de ser éste mi destino. Habiendo dejado al señor Bates, me volví á la casa de mi padre, y tanto de él como de mi tío Juan y algunos otros parientes, pude recoger hasta cuarenta libras esterlinas con la promesa de otras treinta por año para mantenerme en Leide. Pasé allá, y me apliqué al estudio de la medicina por espacio de dos años y siete meses, persuadido de que podría serme útil algun dia en mis viajes.

Salí de Leide, y á poco tiempo obtuve por recomendacion de mi buen maestro el señor Bates el nombramiento de cirujano con destino á la Golondrina, donde estuve tres años y medio á las órdenes del capitan Abrahan Panell, su comandante, en cuyo tiempo hice mis viajes á Levante y á otras partes. A mi regreso determiné establecerme en Lóndres; el señor Bates me animó á tomar este partido, y me encargó de sus enfermos. Alquilé un cuarto en una pequeña hospedería, sita en el cuartel que llaman Old-jewry, y á pocos dias tomé estado con una doncella, cuyo nombre era María Burtón, hija segunda del señor Eduardo Burtón, mercader,

en la calle de Newgate, la cual me trajo cuatrocientas libras esterlinas de dote.

Pero mi amado maestro Bates murió dos años despues, y no teniendo otro protector, mi práctica principió á decaer, y mi conciencia no me permitia imitar la conducta de la mayor parte de los cirujanos, cuya ciencia se asemeja bastante á la de los procuradores. Esta fué la causa por qué despues de haber consultado á mi mujer y algunos de mis amigos más íntimos, tomé la resolucion de emprender todavía un nuevo viaje por mar. Fui cirujano sucesivamente en dos navios, y esta proporcion, ayudada de diferentes viajes que hice en el espacio de seis años á las Indias Orientales y Occidentales, aumentaron un poquito mi fortuna. Empleaba el tiempo libre en leer los mejores autores antiguos y modernos, estando siempre surtido de un cierto número de libros, y cuando estaba en tierra no me descuidaba en observar las costumbres y caractéres de los pueblos, procurando instruirme en el idioma del pais, que no me costaba mucha dificultad, porque la memoria era buena.

El último de estos viajes no fué tan feliz que no me dejase disgustado del mar, inspirándome el partido de estarme quieto en mi casa

con mi mujer y mis hijos. Parecióme acertado mudar de habitacion. Trasladéme de Old-jewry á la calle de Fetterlane, y de allí á Waping, con la idea de adquirir práctica entre los marineros; pero no me salió la cuenta.

Despues de haber pasado tres años en la vana esperanza de que mejorasen mis negocios, acepté un partido ventajoso que me fué propuesto por el capitan Guillermo Prichard, próximo á salir en el antelope para el mar del Sud. Nos embarcamos en Bristol el dia 4 de mayo de 1699, y nuestro viaje por entonces fué feliz.

Es inútil molestar al lector con la minuciosa relacion de nuestra aventuras en aquellos mares: basta decir que en nuestro paso á las Indias Orientales sufrimos una tempestad cuya violencia nos arrojó hácia el Nordeste de la tierra de Van-Diemen. Por una observacion supe que estábamos á treinta grados y dos minutos de latitud meridional. Doce de nuestra tripulacion habian ya perecido por el excesivo trabajo y malos alimentos. El 5 de noviembre, que era el principio del verano en aquel país, estando el temporal un poco oscuro descubrieron nuestros marineros una roca que no distaba más del navío que lo largo de un cable; y el viento era tan

fuerte que impeliéndonos directamente contra el escollo, quedamos encallados en un momento. Otros cinco de la tripulacion y yo nos echamos prontamente á la chalupa, y de este modo pudimos desembarazarnos del navío y de la roca. Casi tres leguas corrimos á fuerza de remo; pero el cansancio no nos permitia ya continuar; totalmente desmayados nos abandonamos á la voluntad de las olas, y no tardó mucho en trastornarnos un golpe de viento Norte.

No sé cual fué la suerte de mis compañeros de chalupa, ni de los que buscaron asilo en la roca ó quedaron en el navío; pero creo que todos perecieron; yo fui nadando á la aventura, y el mismo viento y marea me llevaban hácia tierra; de cuando en cuando dejaba caer las piernas; pero no hallaba fondo. En fin, estando ya para abandonarme, me hallé de piés en el agua, y la tempestad estaba ya muy aplacada; mas como la direccion era casi involuntaria, anduve otra media legua primero que pude tomar tierra. Despues no descubria casi ni vestigio alguno de habitantes, aunque el país estaba bien poblado; con estas miras recorrí casi un cuarto de legua hasta que el sueño me rindió, porque la misma fatiga, el calor y una media azumbre de aguardiente que habia bebido al tiempo de desampa-

rar el navío, todo concurría á excitarle. Me acosté sobre la yerba, que era muy fina, y no tardé nada en quedarme dormido tan de veras, que no desperté en nueve horas. Al cabo de este tiempo quise levantarme, más no pude. Yo me habia echado de espaldas, y me encontré amarrado contra el suelo por los cuatro extremos: el pelo preso en la misma conformidad, y una porcion de ligaduras muy delgaditas rodeaban mi cuerpo desde los sobacos hasta los muslos. El sol principiaba á calentar, y como no podía mirar á otra parte, su gran resplandor me heria la vista, sin tener arbitrio para averiguar la causa de un murmullo muy confuso que oia alrededor de mí, hasta que sentí que se movia una cosa sobre la pierna izquierda, que adelantándose suavemente hácia el pecho, subió hasta cerca de la barba. ¡Cuál fué mi admiracion cuando ví una figurita de criatura humana, alto como de seis pulgadas lo más, arco y flecha en mano, y su aljaba á la espalda! Seguíale otros cuarenta de la misma especie. No pude menos de romper en tan destemplados gritos que atemorizados huyeron todos aquellos animalillos y aun hubo algunos, segun supe despues, que recibieron golpe mortal por haberse arrojado precipitadamente de mi cuerpo al suelo. Pero no

tardaron en volver, y uno de ellos que tuvo la bizarría de acercarse tanto, que pudo descubrir bien todas las facciones de mi rostro, levantando las manos y los ojos por una especie de admiracion, exclamó en una voz áspera, pero inteligible, *Hekinad Dug*, y los demás repitieron varias veces las mismas palabras, aunque entonces no comprendí el sentido. Cada vez se aumentaba más mi sorpresa: imagínese el lector si se viese en caso igual; en fin, continuando mis esfuerzos, tuve la fortuna de romper los cordelitos ó hilos del brazo derecho que estaba sujeto á una estaca, la cual no habia visto hasta que cedieron algo las prisiones. Fuí á hacer lo mismo con las del pelo; pero sentí un dolor tan fuerte al tiempo de tirar que solamente conseguí dejar en movimiento libre la cabeza, porque aflojaron los cordelitos (cordelitos más finos que los mismos cabellos). Apenas lo advertieron, echaron á huir con destemplados chillidos. Cesó el rumor, y oyendo que uno de ellos daba las voces *Tolgo Phonac*, sentí al mismo tiempo herida la mano izquierda de más de cien flechas que me picaban como si fuesen otras tantas agujas; sucesivamente hicieron otra descarga al aire, al modo de nuestras bombas en Europa, y yo creo que algunas de ellas caian parabólicamen-

te sobre mi cuerpo, aunque no las distinguia, y otras daban en la cara, que procuré tapar con la mano derecha. Pasó esta granizada, y yo volví á probar de levantarme; entonces me hicieron otra descarga mayor que la primera, y algunos miraban á herirme con lanzas; gracias á mi chupa de ante que era impenetrable. Ya llegué á conocer que lo más conveniente era estarme quieto, sin mudar de postura hasta la noche, que desenredando el brazo izquierdo podria quedar en libertad; y respecto á los habitantes, con justa razon me consideraba de igual fuerza á los más poderosos ejércitos que podian oponerme siempre que fuesen todos de la misma talla que los vistos hasta entonces. Pero la fortuna me reservaba una suerte muy diversa.

Luego que aquellas gentes notaron que no me movia, cesaron de despedir flechas; más por el murmullo que oia, advertí que se aumentaba el número considerablemente, y como á dos toesas de distancia de mi oido izquierdo sonaba un ruido que parecia de trabajadores. Con efecto, volví un poco la cabeza, en cuanto me lo permitian las prisiones, y ví que habian construido un tablado de pié y medio de alto capaz de contener cuatro hombrecitos de aquellos, con su escalera para subir á él. Habiéndose colocado,

principió á perorar uno de ellos que denotaba ser persona condecorada; pero yo no le entendí palabra. Antes de la arenga, exclamó tres veces *Langro Dehul San*, cuyas palabras repitió sin intermision, explicándolas tambien por señas para que yo las comprendiese, y á continuacion se adelantaron cincuenta hombres para cortar los cordeles que me sujetaban la cabeza por el lado izquierdo, y ya quedé con facultad de poderla volver hácia la derecha, á fin de que observase bien el gesto y manoteo del que hablaba. Parecióme de mediana edad y de más talla que los tres que le acompañaban, de los cuales, uno que tenia traza de paje, recogia la cola de su bata, y los otros dos estaban en pié á los costados para sostenerle. Yo le tuve por buen orador, y por las reglas del arte pude entender que mezclaba en su discurso ciertos períodos de amenazas y promesas. Mi respuesta fué tan sucinta que se redujo á un corto número de demostraciones de sumision levantando la mano izquierda y los ojos al sol, como poniéndole por testigo de que moria de hambre, pues hacia mucho tiempo que no comia. A la verdad, mi apetito apretaba tanto, que no pude menos de manifestar mi impaciencia (acaso contra las reglas de buena crianza), llevando el dedo muy á

menudo hácia la boca para significar que tenia necesidad de alimento. El Hurgo (que segun supe despues es el nombre que ellos dan á un personaje), me entendió perfectamente. Bajó del tablado, y prontamente dió disposicion de que rodeasen mi cuerpo de escaleras y subiesen por ellas más de cien hombres cargados de canastos de vianda, los cuales se dirigieron á mi boca. Habia carnes de diferentes animales que mi paladar no distinguia. Tambien habia pernils y costillares como de carnero, todo muy bien sazonado; pero eran más pequeños que alones de alondra. Dos ó tres con seis panes pasaron de un bocado. Los sirvientes estaban tan aturdidos de mi talla como de mi prodigioso apetito. Hice seña de que necesitaba beber, y á correspondencia de lo que habia devorado; desde luego se impusieron en que no me bastaria una moderada porcion de bebida; esta fué la ocasion en que quisieron hacer ostentacion de su bizzarría: era el pueblo de bríos, y con mucho desembarazo levantaron un tonel de vino de los mayores que tenian, y le llevaron rodando hasta la inmediacion de mi mano, donde le abrieron. Bebímele de un trago con gran delicia; llevaronme otro: tambien le escurri; por último, fué preciso hacer seña de que aún necesitaba más tone-

les. Habiéndome visto hacer todas estas proezas, prorrumpieron en una algazara festiva, y principiaron á bailar repitiendo muchas veces, como antes habian hecho, *Hekinad Degul*. Siguió la aclamacion universal con las palabras *Peplom Selan*, y acercándose una multitud de ellos por el lado izquierdo, aflojaron los cordeles hasta cierto punto que permitiéndome el alivio de volverme para orinar, conseguí desempeñar esta funcion á espensas de la admiracion del pueblo, que previendo lo que iba á hacer, no se descuidó en dividirse sobre ambos costados dejando el paso franco para evitar su inundacion. Es de advertir que algun tiempo antes me habian frotado suavemente la cara y manos con una especie de unguento aromático, que en muy corto rato me curó la picazon de las flechas. Todas estas circunstancias, ayudadas de los refrescos que habia tomado, me excitaron prontamente un sueño que duró cerca de ocho horas, además que los médicos, con orden del emperador, habian aderezado el vino á prevencion con varias drogas soporíferas.

Mandó el emperador de Lilliput (este era el nombre del país) que mientras dormia me trasportasen á su córte. Esta determinacion parecerá acaso valiente y arriesgada, y yo aseguro

que en iguales circunstancias no seria del agrado de ningun soberano de Europa; sin embargo, á mi modo de entender, tambien era un pensamiento prudente; porque si aquellos pueblos hubiesen intentado matarme dormido con sus lanzas y flechas, precisamente hubiera despertado al primer sentimiento de dolor, me hubiera encolerizado á romper los cordeles que restaban, y como ellos no eran capaces de resistirme, los hubiera destruido y acabado con todos.

Dispusieron, pues, un carro de tres pulgadas de alto, siete piés de largo y cuatro de ancho, con veintidos ruedas, de cuya construccion se encargaron cinco mil ingenieros y carpinteros que trabajaron con suma ligereza. Cuando estuvo acabado le llevaron al sitio donde yo estaba; pero faltaba que vencer la principal dificultad, que era levantarme y colocarme en él. Para esta empresa fijaron en tierra ochenta pértigas de dos piés de altura cada una, y pusieron á sus extremos una multitud de garuchas bien firmes, por las cuales pasaron unas fuertes maromas como del grueso de un bramante, asegurados en ellas muchos ganchos. Con estos me prendieron por unas ligaduras ó vendaje con que me habian fajado desde el cuello hasta las piernas, y habiendo destinado

novecientos hombres de los más robustos á tirar de las maromas, en menos de tres horas consiguieron levantarme y colocarme en el carro á su satisfaccion. He sabido todo esto por la relacion que despues me hicieron, pues mi sueño duró más que toda la maniobra. Ultimamente, con mil quinientos caballos de los mayores de las caballerizas del emperador, que tenia cada uno casi cuatro pulgadas y media de alto, me arrastraron á la capital, que distaba un cuarto de legua.

Ya llevábamos cuatro horas de camino, cuando repentinamente desperté por un acaso bastante ridiculo. Habian parado un pequeño rato los carruajeros á componer no sé qué cosa, y aprovechando la ocasion dos ó tres curiosos que deseaban examinar mi fisonomía, se acercaron con mucha cautela á mi rostro; el uno, que era capitan de guardias, me tenia puesta la sutil



punta de su espada tan inmediata á la ventana izquierda de mi nariz, que al menor descuido me hizo cosquillas y desperté dando estornudos. Anduvimos bien el resto del día, y entrada la noche acampamos, dejando quinientas centinelas, la mitad con hachas encendidas, y la otra mitad armadas de arco y flecha. El día siguiente, al salir el sol, continuamos la marcha, y al medio día estábamos ya á cien toesas de las puertas de la ciudad. Salió el emperador á verme con toda su corte; pero sus generales nunca consintieron que arriesgase su imperial persona subiendo encima de mi cuerpo, como algunos de ellos habian tenido el atrevimiento de hacer. En el sitio donde paramos habia un templo antiguo que estimaban por el mayor de todo el reino, el cual habia sido violado algunos años antes por un homicidio, y le miraban ya como profano, segun las leyes de aquellos pueblos, por cuya razon le destinaban á diferentes usos. Resolvieron alojarme en aquel vasto edificio. Su puerta principal, que miraba al Norte, tenia cerca de cuatro piés de altura y casi dos de ancho. A cada lado habia una ventanita distante del suelo seis pulgadas. Por la de la izquierda pasaron los cerrajeros del emperador noventa y una cadenas semejantes á las que llevan las damas de

Europa en sus relojes, poco menos gruesas, y con ellas me amarraron la pierna izquierda cerrándolas con treinta y seis candados. Frente á frente del templo, al otro lado del camino real, y á distancia de veinte piés, habia una torre que tenia lo menos cinco de altura; allí era donde el emperador debia subir con varios de los primeros personajes de su corte para poder verme con toda comodidad y satisfaccion. Los habitantes que salieron de la ciudad movidos de la curiosidad aseguran que pasaron de cien mil, y á pesar de toda la guardia creo que en diferentes veces hubieran subido sobre mi cuerpo con escaleras, lo menos diez mil hombres, si no lo hubiese prohibido un bando que se publicó por orden del Consejo de Estado. Pero cuando me puse en pié y di dos ó tres pasos, fué tan grande la sorpresa del pueblo que no es fácil explicarlo; este alivio debí á las nuevas prisiones que tenian casi seis piés de largo, y me permitian hacer un medio círculo.

CAPITULO II.

El emperador de Lilliput acompañado de algunos de su corte visita al autor en su prision. Descripción de la persona y traje de S. M. Sibios nombrados para instruir en su idioma al autor. Gracias que consigue por su dulzura. Comision para el registro de sus faltriqueras.

Salió un dia el emperador á caballo, y por querer verme pudo costarle muy caro. Espantado el caballo de mi presencia hizo la empinada; pero aquel principe, que es un ginete diestrísimo, se tuvo firme sobre los estribos hasta que llegó la comitiva y cogieron las bridas. Su majestad echó pié á tierra, y con mucha admiracion estuvo observándome por todos lados, y siempre midiendo mi cadena con su vista.

La emperatriz, los principes y princesas de la sangre, acompañados de muchas damas, se colocaron en campés algo distantes. El emperador es más corpulento que ningun otro de su corte, y esto le hace más temble á los que le miran. Las facciones de su rostro son toscas y esforzadas, los labios gruesos, la nariz aguileña, el color aceitunado; es airoso y bien proporcio-

nado de miembros; tiene gracia y majestad en todas sus acciones. Ya habia pasado la flor de su juventud, tenia cerca de veinte y nueve años, y estaba en el sétimo de su reinado. Para mirarle con más comodidad me echaba de un lado, de suerte que mi cara quedaba paralela con la suya á distancia de toesa y media. Pero pasado algun tiempo le tuve diferentes veces en la palma de la mano, y por esta razon no puedo equivocarme en la pintura que he hecho. Su vestido era sencillo, y todo de un solo color, la mitad á lo asiático y la otra mitad á lo europeo: en la cabeza llevaba un ligero casco de oro guarnecido de preciosas joyas, con un plumaje magnífico. Tenia su espada desnuda en la mano en estado de defensa, por si acaso quebrantaba yo las prisiones: esta espada era de tres pulgadas de largo con puño y vaina de oro y diamantes. La voz era áspera, pero clara é inteligible, que podia yo oirla sin trabajo aunque estuviese en pié. Las damas y cortesanos estaban todos soberbiamente vestidos, de suerte que el terreno que ocupaban parecia á mis ojos un hermoso brial bordado y tendido sobre el suelo con figuras de oro y plata. S. M. I. me honraba con su conversacion á cada instante, pero no nos entendíamos el uno al otro.

Al cabo de dos horas se retiró la corte dejándome una fuerte guardia para estorbar la oportunidad del populacho, ó acaso malicia, con que indiscretamente se atropellaban por acercarse á mi. Algunos tuvieron la temeraria avilantez de tirarme flechas, y aun creí que una me sacaba el ojo izquierdo; pero el coronel hizo arrestar á seis de los principales de aquella canalla, y no hallando otra pena más proporcionada á su delito, los entregó en mis manos bien atados y seguros. Yo los cogí con la derecha, y encerrando cinco en el bolsillo de la casaca, me quedé con el sexto fingiendo que quería tragarle vivo. El pobre hombrecillo daba unos alaridos tan horribles, que excitaban ya la compasión del coronel y sus oficiales, especialmente cuando me vieron sacar mi cortaplumas. Pero no quise llevar más adelante su desconsuelo: con mucha humanidad y dulzura corté prontamente los cordeles que le oprimian, le puse en el suelo sin dar golpe y echó á correr. Lo mismo hice con los demás, sacándolos uno á uno del bolsillo. Y noté con sumo gusto, que tanto la tropa como el paisanaje habian quedado muy satisfechos y penetrados de accion tan generosa, la cual pintaron en la corte con términos tan ventajosos que me hacian mucho honor.

Llegóse á extender por todo el reino la noticia de mi prodigiosa magnitud, y quedaron limpias las provincias de gente curiosa y desocupada. Aun las aldeas se despoblaban, de suerte que la agricultura hubiera padecido mucho si S. M. I. no lo hubiese evitado por medio de repetidas órdenes y edictos. Mandó por punto general que todos aquellos que ya me hubiesen visto se retirasen inmediatamente á sus casas, y no volviesen al lugar de mi residencia sin permiso especial. No se sabe las sumas tan considerables que ganaron los oficiales de la secretaría de Estado con motivo de estas circulares.

El emperador juntó muchas veces su consejo para determinar lo que deberian hacer conmigo; despues he sabido cuanto les embarazó este negocio. Temian que algun día rompiese mis prisiones y quedase absolutamente libre. Decian que mi excesivo consumo dejaria el reino exhausto de víveres. Y convenian en que era preciso matarme de hambre; ó con flechas envenenadas; pero hallaban el reparo de que la putrefaccion de un cuerpo como el mio infestaria la corte y toda la tierra. Estando en estos discursos llegaron á la puerta del salon donde estaba junto el Consejo Imperial varios oficiales del ejército, y entrando dos de ellos dieron cuen-

ta de la acción que acababa de ejecutar con los seis criminales de que he hablado, la cual hizo una impresión tan favorable en el ánimo de su majestad y de todo su Consejo, que sin esperar más fué expedido un decreto imperial obligando á todas las aldeas de cuatrocientas cincuenta toesas en circunferencia de la corte, á que aprontasen en cada un día por la mañana seis vacas, cuarenta carneros y otros viveres necesarios para mi sustento con cantidad proporcionada de pan, vino y otras bebidas. Y para el más pronto reintegro de estos gastos, hizo S. M. la asignación sobre su imperial erario.

Aquel príncipe no tiene otras rentas que las del patrimonio real, y solamente en urgencias muy interesantes impone tributos á sus vasallos, que tienen obligación de seguirle á la guerra á expensas propias. Asimismo destinaron para mi asistencia seiscientas personas con buenos sueldos, y abonada la construcción de tiendas de campaña muy cómodas, que pusieron á los dos lados de la puerta. También se decretó que trescientos sastres me hiciesen un vestido al uso del país; que seis literatos de los más sábios del imperio se encargasen de instruirme en su idioma; y por último, que los caballos del emperador, los de la nobleza y las

compañías de guardias hiciesen con frecuencia el ejercicio delante de mí para acostumbrarlos á mi figura. Todos estos artículos fueron exactamente cumplidos. Yo hice rápidos progresos en el conocimiento del idioma de Lilliput, y entretanto el emperador, no solamente me honraba con repetidas visitas, sino que algunas veces ayudaba á mis maestros.

Las primeras palabras que aprendí fueron las más precisas para pedirle mi libertad, manifestando el mayor deseo, y todos los días se las repetía puesto de rodillas; pero siempre me respondía que tuviese paciencia hasta que pasase algun tiempo, porque así convenia, que no podia determinar por sí solo este negocio sin consultar á su Consejo; y que en el caso de conformarse era preciso exigirme un solemne juramento de guardar paz inviolable con él y con sus vasallos; que no me apresurase y seria tratado con toda la benignidad posible, y que entretanto procurase conservar su estimación y la de sus súbditos con la resignación y una buena conducta. También me previno que no tuviese á mal si acaso daba orden á dos oficiales para que me registrasen; porque verosíblemente podia llevar conmigo algunas armas ofensivas y perjudiciales á la seguridad de sus dominios.

Yo le respondí que estaba pronto á desnudarme en su presencia, y vaciar todos mis bolsillos; á esto me replicó que por leyes del imperio era forzoso hiciesen el reconocimiento dos comisarios que bien sabia no podia ejecutarse sin consentimiento mio, y que en prueba del buen concepto que de mí habia formado veria como podia sin recelo á sus comisarios en mis manos. Que si estos me recogian alguna cosa, me seria devuelta fielmente cuando me retirase del país, ó se me pagaria completamente su valor por el precio que yo mismo pusiese.



Con efecto, vinieron los dos comisarios á hacer la visita, y yo mismo los introduje en un bolsillo de la casaca, y sucesivamente en los demás.

Estos oficiales iban prevenidos de papel, tintero y plumas; hicieron un inventario muy exacto de todo cuanto vieron, y luego que acabaron me pidieron los volviere al suelo para ir á dar cuenta de su comision al emperador.

El inventario estaba concebido en estos términos:

«Primeramente en la faltriguera derecha de la casaca del gran hombre Montaña (doy esta significacion á las palabras *quimbus flestrin*), habiendo practicado un exacto registro, no hemos encontrado más que un retazo de tela ordinaria, que puede muy bien servir de alfombra en el salón de respeto de V. M. En la izquierda hemos encontrado un cofre de plata muy grande con su tapadera del mismo metal, la cual no pudimos levantar; suplicamos á dicho hombre Montaña que le abriese, y habiendo entrado en él uno de nosotros los comisarios, se halló atollado en polvo hasta las rodillas, de suerte que no dejó de estornudar en dos horas, y el otro en siete minutos. En la faltriguera derecha de su chupa encontramos un paquete disforme de

sustancias blancas y delgadas, doblada una sobre otra, cuyo volúmen sería como el de tres hombres de nosotros, y estaban atadas con un cable fuertísimo: por unas figuras negras que tenían discurrirnos serian escrituras. En la izquierda había una gran máquina plana, armada de unos dientes gruesos y muy largos, al modo de las empalizadas que resguardan los jardines de V. M. En la faltriquera grande del lado derecho de su tapa-medio (quiero dar esta significacion á la palabra *ranfulo*, con que pretendian explicar mis calzones), vimos un pilar enorme de hierro, hueco, unido á una gruesa pieza de madera de mayor anchura, que tenia á un lado otras varias piezas, tambien de hierro trabajadas de relieve, y terminaban con un guijarro cortado en declive; no supimos lo que era esto. Y en la faltriquera compañera habia otra máquina de la misma especie. En la faltriquera pequeña del lado derecha habia varias piezas redondas y llanas de metal rojo y blanco de diferentes tamaños; algunas de las blancas que nos parecieron de plata eran tan anchas y pesadas que entre los dos apenas podíamos levantarlas. Item, dos alfanjes de bolsillo bien afilados, cuya hoja se doblaba sobre un canal que tenia la empuñadura, y estaban colocados

en una gran caja ó estuche. Aun faltaban dos faltriqueras que registrar, á las cuales llamaba el secreto: estas eran dos cortadoras en la parte superior de su tapa-medio, pero muy estrechas por razon del vientre que las oprimia; por fuera del secreto de la derecha colgaba una terrible cadena de plata, y al extremo interior tenia una máquina sumamente prodigiosa. Le pedimos que sacase todo lo que correspondia á dicha cadena, y vimos salir una especie de globo, la mitad de plata y la otra mitad de un metal trasparente, con algunas figuras muy estrañas delineadas en círculo: creímos poder tocarlas; pero nos detuvo los dedos una sustancia luminosa. Aplicamos el oido á dicha máquina, y oimos un ruido continuo, poco menos que en nuestros molinos de agua. Juzgamos que esto no puede ser otra cosa que algun animal desconocido ó la deidad que él adora; pero nos inclinamos más á esto último, porque nos aseguró (si es que pudimos entenderle, pues se explica muy imperfectamente) que rara vez hacia alguna cosa sin consultarle primero: llamábale su oráculo, y decia que le señalaba el tiempo para cada accion de su vida. Del secreto colateral sacó una red capaz de poder servir á un pescador, con sola la diferencia de que se abria y

se cerraba; dentro de ella encontramos diferentes piezas macizas, de un metal amarillo, que si son de verdadero oro, su valor será inestimable.

»Después de registradas sus faltriqueras con toda escrupulosidad, en cumplimiento de las órdenes de V. M. reconocimos también una faja que tenía alrededor de su cuerpo, la cual parecía de la piel de algún animal esquisito, y pendía de ella al lado izquierdo una espada del largo de seis hombres. Al lado derecho tenía una bolsa ó faltriquera con dos senos, capaz cada uno de encerrar en sí tres robustos vasallos de V. M. En uno de ellos había muchos globos ó balas de un metal muy pesado, casi tan gordas como nuestra cabeza, de suerte que para levantarlas es menester mucha fuerza.

»Que es cuanto resulta de la visita que nosotros los comisarios hemos hecho del dicho hombre Montaña, é inventario practicado en su consecuencia, habiéndonos recibido con toda la urbanidad y respeto correspondiente á la comisión de V. M. Firmado y sellado el cuarto día de la luna ochenta y nueve del muy feliz reinado de V. M.»

FLESEN FRELOK. - MARSÍ FRELOK.»

de anteojos de que me servía alguna vez por tener cansada la vista, un telescopio y otras varias vagatelas de ninguna consecuencia para el emperador, y para mí muy necesarias si llegaba á verme algún día en libertad, evitando por este medio que las extraviasen ó rompieran.

CAPITULO III.

El autor divierte al emperador y la grandeza de ambos sexos de un modo muy extraordinario. Descripción de los regocijos públicos de la corte de Lilliput. Consigue su libertad bajo capitulación.

Quiso un día obsequiarme el emperador con algún espectáculo brillante, en que á la verdad exceden aquellos pueblos á todas las naciones que conozco, tanto por su destreza como en la magnificencia; pero nada me dió tanto gusto como ver una compañía de volatines lucir su habilidad sobre un hilo blanco bastante delgado que no tenía tres piés cabales de largo.

Allí se dedican solamente á este ejercicio aquellos que aspiran á los primeros empleos y